

Espacio ficcional y subjetividad indígena: debates interculturales en América Latina

Ana Inés Leunda
CIFFyH - CONICET

RESUMEN

Partimos de considerar que la ficción novelesca permite observar modelos de mundo que circulan en la cultura de la que son parte (Lotman, 1996 y Bajtín, 1999). Específicamente, pensamos que el espacio, entendido como el medio donde los personajes experimentan vivencias a través del tiempo, constituye un elemento fundamental donde interpretar las construcciones axiológicas propuestas por cada autor-creador. Nos interesa indagar el modo cómo novelas, cuyo argumento retoma la frontera intercultural indígena/occidental en América Latina, modelizan el espacio habitado por personajes de ambas comunidades. Trabajaremos *Fuegia* de Eduardo Belgrano Rawson (1991) y *Lituma en los Andes* (1993) de Mario Vargas Llosa. Ambas de autor sudamericano editadas a comienzos de los '90. Nuestra primera respuesta al interrogante planteado afirma que las diferencias en la modelización espacial aluden tanto a la geografía económica (p.e. el mar/la pesca, en el primer caso y la sierra/la minería, en el segundo) como a la construcción axiológizada de las culturas indígenas y su relación con el medioambiente. En tal sentido, postulamos que el espacio ficcional constituye un elemento clave para visibilizar modelos de mundo (de sujeto y de cultura) que en el caso latinoamericano aún evidencian conflictos y tensiones que resulta válido interrogar.

ABSTRACT

In this work, we consider that fiction help us to study models of worlds circulating in the culture of which they are part (Lotman, 1996 and Bakhtin, 1999). Specifically, we think that space, understood as medium in which the characters develop their actions, is a key to interpret axiological constructions proposed by each author-creator. We want to investigate the way that novels, whose plot takes the border intercultural indigenous/Latin American Western, model the space inhabited by characters from both communities. The novels are *Fuegia* by Eduardo Belgrano Rawson (1991) and *Lituma en los Andes* (1993) by Mario Vargas Llosa. Both texts of American author have been published in '90s. Our first answer to the question posed states that the differences in modeling worlds respond not only to spatial traits linked to economic geography (e.g. sea/fishing, in the first case and the mountain/mining, in the second), but the value construction of indigenous cultures and their relationship with the environment. In this sense, we postulate that fictional space is a key element to make visible world models (of subject and culture) than in the case of Latin America still show conflicts and tensions.

Palabras clave: novela, territorio, indígenas

1. Introducción

Fuegia y *Lituma en los Andes* son novelas que retoman el lenguaje de la geografía para modelizar el ámbito ficcional donde personajes indígenas se desplazan y se vinculan con comunidades de raíz europea, ya sea que provengan del Estado-Nación en el que están insertos o que sean extranjeros (visitantes temporarios o permanentes). Desde nuestra perspectiva, el territorio es un texto dentro del texto novelesco, que se modeliza desde cierto punto de vista para

crear una atmósfera, un ambiente, un medio que hace sentido junto con los personajes que viven en él y las voces que narran los sucesos.

En el caso de *Fuegia* (1991), escrita por el argentino Eduardo Belgrano Rawson, la novela retoma el mar y las montañas de Tierra del Fuego y los archipiélagos del sur argentino durante los primeros encuentros y choques entre indígenas y europeos. *Lituma en los Andes* (1993) de Mario Vargas Llosa, por su parte, narra las vivencias de un guardia civil que se desplaza desde la costa peruana hacia la sierra habitada por culturas quechua-hablantes en la década del '80 o principios de los '90.

La pregunta que orienta esta labor es cómo aparece modelizado el medio ambiente en cada texto, qué conexiones se advierten con la experiencia de la temporalidad de los personajes que lo habitan y qué connotaciones axiológicas y políticas pueden hipotetizarse de tales representaciones del espacio físico.

2. Subjetividades en los mares del sur

En *Fuegia* reconocemos en primer lugar espacios amplios y abiertos: el mar en donde la protagonista, una madre indígena, pesca junto a sus hijos y las tierras que se van llenando de alambrados para el pastoreo de ovejas, donde vivió en su niñez el padre de la familia. Las tribus que se nombran en la novela, parrikens y canaleses, aluden a las registradas por la historiografía como onas y yámanas respectivamente, unos son fundamentalmente cazadores y otros, pescadores. Camilena y Tatesh son una pareja que pertenece a una y otra de las comunidades mencionadas y se conocen por el desplazamiento que las tribus realizan buscando el sustento del grupo tribal.

Ninguna comunidad indígena se adapta con simpleza a los planes civilizatorios, según estos proyectos, deberían haberse convertido en “pastores perfectos” (Belgrano Rawson, 1991, p. 20), pues tenían las cualidades para serlo: “corrían treinta kilómetros de un tirón, podían dormir al sereno en invierno y resistían sin probar bocado como el más bruto de los galeses” (Belgrano Rawson, 1991, p. 20).

La pretensión, sin embargo, es realizable sólo en función del modelo de mundo occidental de raíz decimonónica, que no puede ver la alteridad indígena como un modo distinto, pero no inferior de vivir en el mundo. Esta manera de razonar se entiende también en relación con el lenguaje económico¹: la producción de bienes exige el uso y el dominio del territorio. La pauta es rígida: si los indígenas no se adaptan a este valor del progreso, deben ser eliminados. Por supuesto, quien se arrogaba el derecho de tal decisión vital era aquél que se beneficiaba con la acumulación de riquezas a través de cierto tipo de explotación del territorio.

Los dominios de Tiberio [un carnero] iban desde la cordillera hasta el mar. Al cabo del tiempo, aquel sitio contaría con embarcadero privado y un ferrocarril hasta el Atlántico. Tendría también unos imponentes galpones de esquila y más adelante vendría el teléfono y un convertible que brillaría todas las tardes junto al invernadero. Pero hasta entonces sólo había dos millones de hectáreas con aquellas ordinarias ovejas (Belgrano Rawson, 1991, p. 20).

La transitoriedad del tiempo acompaña la transformación de la experiencia de los sujetos en el espacio. Podría no reconocerse una carga negativa en este avance civilizatorio si no fuera

¹ Usamos *lenguaje*, en el sentido en que Lotman (1996) alude a los lenguajes complejos o sistemas de modelización secundaria. Desde la Semiótica que propone, la cultura se organiza en primer lugar sobre el espacio y las lenguas naturales o idiomas (tales como el inglés, el guaraní, etc.). Este primer sistema de modelización se reestructura en sistemas de modelización secundaria, más complejos, por ejemplo: el arte, las ciencias o la religión.

porque la inmensidad del territorio que puede ocupar el carnero, es directamente proporcional a la imposibilidad de sobrevivir que tienen las comunidades indígenas.

La presencia de los ovejeros implica la instauración de alambrados que trae aparejado un desplazamiento de guanacos que ya no son accesibles para la caza. En el mar, los canaleses acostumbra a pescar y, en el verano, cazar lobos marinos. Según el narrador, la estación señala la época de apareamiento, momento en que los machos se convierten en presa fácil por estar más débiles y desatentos.

Para la gente de las goletas, en cambio, bastaba con desembarcar en contra del viento. Llegaban al alba con sus botes, cerraban el paso a la manada y no dejaban criatura viva sobre las rocas. Los peores eran los yanquis con sus fusiles: donde cazaban sus flotas desaparecían los lobos y había que conformarse con los pingüinos (Belgrano Rawson, 1991, p. 17)

En la novela, los civilizados cazan a mansalva sin discriminar entre épocas del año, sexo o edad del animal, porque la lógica no es la supervivencia y la conservación de la vida entendida en términos cíclicos; sino la búsqueda de dinero para el individuo, recordemos que el puerto que se creará será “privado”. En este sentido, no hay una *existencia con* la naturaleza, sino un intento de dominarla.

Así, el territorio como frontera donde habitan dos culturas implica una percepción diferente de ese medio “natural”. Hay dos modos de vivirlo, dos maneras de concebirlo, podemos decir que la ficción permite que conozcamos dos espacios en uno mismo.

Desde el campo de la biología, Jacob von Uexküll (analizado por Heredia, 2011) propuso el concepto de *Umwelt* para pensar la relación intrínseca que hay entre una especie y el medio en el que habita. Es decir, una playa en la que está un lobo marino y una persona constituye dos *Umwelts*, pues la percepción de los sentidos, diferente en función de la especie, implica un espacio de visibilidad, en sentido metafórico, que varía en uno y otro caso. El mar como límite que permite una huida ante un posible peligro es un lugar claramente distinto para ambas especies.

Esta sugerente propuesta desde el campo de la biología invita a pensar hasta qué punto también el contraste entre la cultura occidental o indígena, por ejemplo, no implican también una percepción, una concepción del medio que lo hace ser un territorio conformado por múltiples territorios en función del lazo subjetivo que cada cultura traza con él.

El ciclo estacionario regula la caza en una comunidad que entiende la vida en términos de procesos de vida/muerte en sucesión. En cambio para la otra cultura, que focaliza en el confort de la vida del individuo, esta regularidad no tiene ningún valor, en este sentido, no entra en el campo de lo visible.

Boaventura de Sousa Santos (2009), por su parte explica que particularidad de la cultura occidental es que desde la más incipiente modernidad ha concebido la naturaleza como un objeto separado del hombre racional, que es quien puede conocerla. Específicamente, cita como hito el pensamiento cartesiano que habría cristalizado un modo de concebir el mundo como totalidad que debía dividirse para poder estudiarse y manipularse:

Según la mecánica newtoniana, el mundo de la materia es una máquina cuyas operaciones se pueden determinar exactamente por medio de leyes físicas y matemáticas, un mundo estático y eterno que fluctúa en un espacio vacío, un mundo que el racionalismo cartesiano torna cognoscible por la vía de su descomposición en los elementos que lo constituyen. (p. 26)

Esta visión mecanicista de las leyes de la naturaleza será discutida en el campo mismo de las ciencias occidentales, por ejemplo, a través de los estudios de Ilya Prigogine (1996) investiga el desorden de los sistemas físicos y químicos que se autoorganizan sin posibilidad de previsibilidad por parte del observador.

Sin embargo, la idea de exactitud matemática y previsibilidad ordenadora siguen siendo parte del paradigma dominante de las ciencias. La matemática, como campo del saber legítima esta compartimentalización del mundo sigue teniendo aún hoy un fuerte valor de *verdad* en tanto verifica, constata las hipótesis. Santos (2009) subraya que esto no niega la existencia de hallazgos valiosos en el campo de la matemática, el problema es que este paradigma de la ciencia rige un orden del mundo que se naturaliza como único verdadero. Es decir, reduce la riqueza del mundo al desechar aquello considerado inferior porque está fuera del orden científico cuantificable. La ciencia que estudia el desorden ya dio el primer paso, el siguiente será incorporar el estudio de saberes-otros que desborden y enriquezcan aquel paradigma que se debe aún transformar

La subjetividad o identidad de una persona o grupo social en un momento dado es un palimpsesto temporal del presente, está constituida por una constelación de diferentes tiempos y temporalidades, algunos lentos otros rápidos, los cuales son activados de manera diferente en distintos contextos y situaciones. Más que cualesquiera otros, los movimientos de pueblos indígenas testimonian esas constelaciones de tiempos (p. 118)

Tiempo y espacio dejan de ser así categorías apriorísticas: el territorio es la experiencia temporalizada de los sujetos que lo vivencian. Como en una sucesión de espejos, la conciencia creadora duplica un espacio en dos, a partir de las dos culturas que lo transitan. A su vez, cada personaje es un prototipo de sujeto que percibe, siente y piensa en relación consigo mismo y con los otros. Camilena es un espejo más de este múltiple juego especular. La violencia del contexto cultural parece adensarse cuando nos acercamos a sus vivencias y así, luego de ser violada por un grupo de marineros, dice el narrador: “Palpó su rostro maltrecho, pero enseguida detuvo la mano. Cada vez que exploraba su cuerpo golpeado, tenía malos descubrimientos” (Belgrano Rawson, 1991, p. 29).

Las experiencias de los personajes, que habitan el territorio de las islas del sur del continente nos hablan de una frontera conflictiva y trágica. Tal como nos cuenta el lenguaje de la historia, las comunidades indígenas van irremediablemente a morir, no por su inferioridad, sino por una frontera que no toleró la coexistencia de la alteridad:

Con la misma elocuencia que usaban para lamentarse por la crueldad del clima, la ruindad del suelo, el abandono oficial y la falta de créditos, los ovejeros pidieron que los parrikens fueran declarados Calamidad Nacional. Pero su tono quejoso había cambiando. Mandaron una advertencia al gobierno. Mientras los parrikens siguieran allí, era en balde que se hablara de paz y progreso (Belgrano Rawson, 1991, p.22).

El autoritarismo que encubre el orden de mundo occidental, ligado al proyecto civilizatorio del Estado-nación que, se abre al concierto del mundo moderno, muestra en la novela sus costados más oscuros: la violencia implícita en la consideración de la alteridad cultural como inferior, la de la imposición de un modelo económico y la de la violación y muerte por parte de muchos de los viajeros que se aventuraron por esos territorios que quizás juzgaron inhóspitos, pero que no dudaron en utilizar y explotar.

3. La sierra, territorio de frontera

Lituma en los Andes, la novela de Vargas Llosa (1993), nos ubica en otra zona de la geografía del sur de América Latina. Esta vez los personajes experimentan la sierra peruana que se opone a la costa de donde viene el protagonista: la sierra es fría, lluviosa, a menudo hay aludes que matan personas o destrozan propiedades. No están las comodidades de la ciudad de Piura de donde él proviene, allá está el calor que es compensado por una cerveza con compinches en un bar. Aquí, el presente está marcado por la amenaza de Sendero Luminoso que se esconde en las montañas y la hostilidad de los trabajadores de una carretera, muchos de ellos indígenas que no hablan español.

El cabo sintió otro ramalazo de nostalgia por la remota Piura, por su clima candente, sus gentes extrovertidas que no sabían guardar secretos, sus desiertos y montañas sin apus ni pishtacos, una tierra que, desde que lo habían mudado a esas alturas encrespadas, vivía en su memoria como el paraíso perdido. (Vargas Llosa, 1993, p.177)

En este mundo novelesco, la sierra como ámbito natural es el espacio del caos, de la irracionalidad y de lo incomprensible. La violencia de los senderistas y el canibalismo de los indígenas vienen a sellar un mundo de antivalores en el que no hay nada que aprender. En los Andes, para mantenerse a salvo es necesario no inmiscuirse con la locura indolente y atrasada que permea las relaciones entre comunidades y sujetos.

Un profesor danés le explica al protagonista que los sacrificios humanos eran parte de las costumbres del pasado, porque eran comunidades que no se habían civilizado. El gran problema en la novela es que ésa “bestialidad del pasado indígena” (Vargas Llosa, 1993, p. 177), según descubre Lituma, está viva en el presente de los habitantes actuales de los Andes y, por lo tanto, atrasan la región y generan los males “más estúpidos y perversos de todas las cosas estúpidas y perversas que pasan aquí” (Vargas Llosa, 1993, p. 261).

La conciencia creadora de la novela propone una solución para este doble caos de indígenas y senderistas. Aparece de la mano de la práctica de la minería que niega el desorden del mundo de unos y otros. Hay un grupo de personajes que encarnan esta salida: son los indígenas quechua hablantes que trabajan en una mina que visita Lituma. Ellos sí han sabido reconocer quiénes son los buenos y quiénes son los malos en la sierra. Luego de un ataque de Sendero Luminoso dice un personaje: “-¿Sabe qué es lo que voy a recordar de esta aventura, cabo?- preguntó el ingeniero rubio, al que Pichín decía Bali-. No el miedo que pasé, ni el robo, ni siquiera al pobre muchacho que palomearon. Sino que ningún minero nos denunció” (Vargas Llosa, 1993, p. 172).

Este silencio que salva la vida de los ingenieros y del profesor danés es donde reside “La Esperanza”, como se llama significativamente la mina donde trabajan. Los que dirigen este proyecto no son ambiciosos ni buscan el lucro. De hecho, están ahí porque creen en el progreso y la civilización y están dispuestos a arriesgar su vida por estos ideales:

En sus buenas épocas, le explicaron los ingenieros, La Esperanza tuvo más de cien mineros en sus socavones, pero ahora apenas trabajan unos treinta. Y, al paso que iban las cosas, con los problemas y la caída del precio de los metales, tal vez tendrían que cerrar, como otras minas de Cerro Pasco y de Junín. La mantenían más por no dar el brazo a torcer que por otra cosa, pues ya no era un buen negocio (Vargas Llosa, 1993, p. 171)

En el modelo de mundo que va trazando la novela, la incorporación de la alteridad indígena a través de la minería es la única y mejor solución a los problemas de violencia que se vive en las sierras. El orden de valores de la conciencia creadora parece decirnos: ellos pueden ser modernos, es decir, tenemos la esperanza de que mejoren, sólo necesitan pasar a ser parte de este

lado de la frontera lo más rápido posible. La sierra es un territorio en sí mismo inhóspito, pero la minería es una esperanza para que sus habitantes ingresen al orden político y económico moderno y nacional.

La violencia de Occidente aparece planteada mínimamente en la novela. Por ejemplo, a través de algún que otro guardia civil o militar que no cumple con su deber y, casi sin querer, como el ayudante de Lituma, tortura a un posible senderista que resultó ser mudo y retrasado mental. Pero es una excepción que no niega la bondad e inocencia del adjunto a quien con frecuencia se lo nombra usando diminutivos:

Era un tipo sin recovecos el guardia Carrasco, aunque algo tristón. Se sinceraba en las noches y sabía abrirse a la amistad. El cabo se lo dijo, a poco llegar “Por tu manera de ser, merecerías haber nacido en la costa. Y hasta en Piura, Tomasito”. “Ya sé que viniendo de usted eso quiere decir mucho, mi cabo”. Sin su compañía, la vida en estas soledades habría sido tenebrosa. (Vargas Llosa, 1993, p. 13)

La experiencia de los personajes que habitan esta zona de frontera indígena/europea parece estar narrada desde el punto de vista de aquel que ve sólo un horizonte de valores, centrado en Occidente. El caos no es una reserva de conocimiento a investigar (al decir de Santos, 2009), sino un aspecto que o bien se incorpora a la organización del Estado-nación de corte decimonónico o bien la barbarie reina en el Estado. En este caso, el atraso está en una zona del Perú, la sierra caótica y extremadamente violenta que necesita ser incorporada al orden moderno para “avanzar”.

4. A modo de conclusión

Como hemos podido ver, el espacio físico ha sido para nosotros un interrogante, una primera inquietud. Como sugiere Uexküll, la especie humana ya implica un recorte de esa naturaleza poblada por otras especies que dicen una y otra vez que hay muchos mundos en el mundo. La Umwelt es, en este sentido, una negación al mundo compartimentalizado que promueven las leyes de la física mecánica y el racionalismo cartesiano.

Además, el lenguaje físico y biológico se complejiza cuando es retomado por la ficción novelesca que narra las experiencias de personajes en su transitar a través de *lo otro*, el medio ambiente y *el otro*, las culturas extranjeras o ajenas a la propia. Como sabemos, en tanto fragmento del arte, el texto novelesco no necesita decirse objetivo, pues es la mirada del autor-creador ante el mundo novelado. El espacio cobra vida en la palabra del narrador.

En *Fuegia* el ambiente se transforma a través de un mar invadido por loberos y una tierra dividida por ovejeros. Hay una irrupción que constituye una frontera dolorosa, como un canto ante la inevitabilidad de la muerte. En *Lituma*, la sierra servirá para ocultar terroristas e idolatrías que justifican los sacrificios humanos y el canibalismo. El desorden está ligado a la ausencia de rasgos occidentales y, por eso, la minería es el único beneficio de un ambiente profundamente ajeno en su violencia y hostilidad.

Está claro que no hay un orden verdadero y otro falso en estos universos ficcionales, aunque sí visiones axiológicas dispares. En tal sentido, la *Epistemología del sur* de Santos ha buscado ser una vela para nuestra balsa que impulse la apertura de fronteras de conocimiento antaño clausuradas, al tiempo que señale que ningún acto de conocimiento puede estar exento del compromiso ético implícito en este accionar. Así, desde nuestra óptica, lo cognitivo y lo emancipatorio son dos caras de una misma moneda: indagar novelas políticamente dispares nos invita a pensar en los debates aún vigentes en torno al modelo de mundo (mono o multicultural) que podemos/debemos estar dispuestos a construir en función del territorio que queramos habitar.

Bibliografía

Vargas Llosa, M. (1993) *Lituma en los Andes*. Buenos Aires: La Nación.

Belgrano Rawson, E. (1991) *Fuegia*. Buenos Aires: La Nación.

Heredia, J. M. (2011) “Etología animal, ontología y biopolítica en Jacob von Uexküll”. *Revista de Filosofia e Historia da Biologia*. Volumen 6 / Número 1 (Brasil). <http://www.abfhib.org/FHB/FHB-06-1/FHB-6-1-05-Juan-Manuel-Heredia.pdf>. Acceso el 10 de junio de 2013. pp. 69-85.

De Sousa Santos B. (2009) *Una epistemología del Sur: la reinención del conocimiento y la emancipación social*. México: CLACSO y Siglo XXI Editores.

Lotman, I. (1996) *La semiosfera I. Semiótica de la cultura, del texto*. Valencia: Frónesis Cátedra.

Prigogine, I. (1996) *El fin de las certidumbres*. Barcelona: Andrés Bello.